Kosmos-Polis

2016

№ 4

Kosmos-polis

Sociedad de Estudios Contemporáneos (SEC)

05.07.2016

Kosmos-Polis
Avda. de Concha Espina 23, 28016 Madrid, www.kosmos-polis.com
Tel. (34) 6915046368 , skype: kosmos-polis, revistakosmospolis@gmail.com

Sumario

Después de oír a Stanley Payne *(Gabriel Elorriaga F.)*
Category: Historia-Opinión

La involución de los nuevos populismos *(José M. Martínez de Haro)*
Category: Historia-Opinión

"Los españoles aguantan mucho" *(Entrevista de Stanley Payne, ideas-cultura - José Andrés Rojo)*
Category: Historia-Entrevistas

España inviable*(Jesús Palacios)*
Category: Política-Opinión

El desplome PSOE-PP y la destrucción del sistema*(Teo Uriarte)*
Category: Política-Opinión

El mal presagio de las nuevas elecciones *(José M. Martínez de Haro)*

Category: Política-Opinión

Adolfo Suárez, icono de la Transición y fracaso del centrismo **(***José M. Martínez de Haro)*
Category: Política-Opinión

Consulta a las bases y populismo: la trampa de la democracia directa (II) *(Pedro F. R. Josa)*
Category: Relaciones Internacionales-Opinión

The Good Americans*(Stanley Payne)*
Category: Crítica de libros

Eventos

Después de oír a Stanley Payne

Gabriel Elorriaga F.

Category: Historia-Opinión

Aunque se dice que la historia se repite, solo es cierto en parte. Pero se debe aprender de situaciones pasadas lo justo para que no puedan repetirse sus episodios negativos. Eso pensé al releer la conferencia de Stanley Payne pronunciada hace unas semanas en el CESEDEN. El profesor Stanley Payne analizó, desde la lejanía y la objetividad, aquel inmenso fracaso político llamado II República española que se produjo por la deslealtad de todos los participantes en aquel proyecto y sus principios constitucionales. Practicaron la deslealtad lo mismo los incendiarios de conventos de 1931 que los insurrectos anarquistas, los militares golpistas de 1932, los socialistas revolucionarios sublevados en 1934 y los declarantes de la independencia de la Generalidad de Cataluña. Hoy en día no se han producido estos antecedentes. Pero algunos han soñado con la formación de un frente popular -aunque se le llamase coalición para el cambio o para el progreso- amalgamada con elementos de repudio frente a una Constitución sobre la que no existe ninguna demanda popular de cambio o contra un sistema que viene funcionando mejor que cualquier antecedente histórico.

Una Jefatura de Estado monárquica y, por ello, independiente, dificulta estas propuestas emergentes o insurgentes en cuanto es una institución que garantiza la aplicación de la ley sin estar condicionada por intrigas ocasionales de intereses partidistas y arbitra desde una preminencia inmutable. Manuel Azaña, presidente de aquella efímera República solo fue una guinda sobre la tarta mal cocinada por el confuso izquierdismo republicano y no el titular del conjunto de la soberanía popular de toda la nación. Las elecciones sobre las que se intentó legitimar el proceso revolucionario iniciado a principios de 1936 no estuvieron garantizadas por un funcionariado correcto y unas fuerzas de orden público disciplinadas, sino que fueron manipuladas y extorsionadas con la defección y acobardamiento de quienes debían controlarlas. La violencia tolerada amparó todos los fraudes y la repetición de algunas elecciones significó la supresión por las bravas de los resultados en varias

provincias. Hoy no se ha producido deterioro de la ley y el orden más que en algún escalón de la política municipal donde se ha instalado el populismo gracias a la irresponsabilidad de un liderazgo socialista que debemos considerar como una enfermedad temporal. La debilidad del gobierno Azaña-Casares para mantener la ley y el orden y su sectarismo al perseguir a la oposición arbitrariamente destruyó el sector político moderado y empujó a gran parte de la población hacia posiciones de autodefensa que condujeron a un extremismo contrapuesto al del gobierno. Tales cosas no se producen en nuestros días porque el gobierno no ha alterado su moderación ni ha cambiado de manos atropelladamente, permitiendo un clima de serenidad para que el pueblo pueda reconsiderar la compleja situación provocada por el primer fracaso de una investidura para la presidencia de gobierno.

No estamos por tanto en una situación prerrevolucionaria como aquella, pero se están produciendo algunos planteamientos teóricos de asalto al sistema desde grupos incapaces de regenerarlo legalmente por procedimientos democráticos, al carecer de respaldo popular suficiente para ello. En aquella vieja situación exaltada los gobernantes sectarios rechazaban cualquier entendimiento con los partidos de orden. Hoy el gobierno no rechaza el dialogo con el socialismo, pero es esta izquierda constitucional la que rechaza dialogar con el gobierno en funciones y el partido que lo respalda. Es de suponer que esta negativa, inspirada por la actitud personal de un dirigente socialista de poco arraigo en sus propias filas es difícil que pueda sobrevivir a nuevos fracasos. Ni a izquierda ni a derecha, a pesar de estas actitudes presuntamente inexorables, no se ha llegado al punto de organizar milicias revolucionarias ni el socialismo ha accedido a fusionarse con los elementos antisistemáticos.

Todos los errores que han llevado a la ausencia de un nuevo gobierno y a la disolución de una legislatura estéril provienen de circunstancias de las que son culpables, en distinto grado, todos los partidos políticos en escena, pero no dejan de ser, por el momento, de carácter superficial y episódico y no de fondo. Los polos que extreman la antítesis revolución-contrarrevolución no han ejercido su atracción como para dividir en dos partes radicalmente enfrentadas a la sociedad real. La España constitucional es paciente y flexible y los españoles como pueblo son capaces de soportar un bache en su ruta sin alterar el reglamento.

No hay que alarmarse, por ello, prematuramente pero sí reflexionar al escuchar lecciones tan sabias como las pronunciadas por Stanley Payne y tomar buena nota de lo que ahora no sucede, pero puede llegar a suceder. Porque, aunque el abismo esté muy lejano, los intentos frustrados de formar un frentepopulismo por acumulación de las añoranzas de los fracasos republicanos y los incautos de las

generaciones desconocedoras del pasado y disgustadas por la crisis o aburridas por la mediocridad son terreno cultivado e indicativo de que todo error puede repetirse, aunque no sea inexorable que se repita el proceso de desorden que condujo a una situación límite. Ochenta años de distancia son suficientes para que los niveles de vida de un pueblo hayan mejorado de tal manera que no permitan planteamientos tan simplistas como aquellos que el populismo ha intentado introducir demagógicamente en nuestro país sin encontrar una respuesta incondicional porque no se daban en el auditorio las circunstancias penosas que se daban durante la II República. Inclusive los indicios de algún apoyo económico exterior de regímenes desprestigiados no han podido justificarse con la aureola mítica que adornaba como paraíso del proletariado al sovietismo de los años 30 que instigaba al cambio de modelo de sociedad en España.

Por lo pronto, sin que los españoles se alterasen por ello, se ha dado un frenazo a las propuestas irracionales de cambio radical que habrá que agradecerle a un gobierno en funciones y a dos partidos constitucionalistas. Un partido popular fundado por Manuel Fraga con unas características unitarias que nada tienen que ver, mientras no se suicide, con las débiles estructuras de aquella Confederación de Derechas Autónomas que no fue capaz de aportar a aquella República la serenidad que hubiese necesitado para confirmarse como sistema equilibrado y estable y un partido socialista que, a pesar de las apariencias y coqueteos, no traspasó las líneas de seguridad que impedían que se entregase, como un componente más, al confuso aluvión que pretendía agruparse bajo la marca de Podemos con el nombre de "gobierno a la valenciana". Con el funcionamiento de los mecanismos previstos y la convocatoria de unas nuevas elecciones firmada por el Rey, se ha superado una composición improductiva de los órganos parlamentarios y se abre una posibilidad de revisión que permita corregir errores y continuar la vida nacional dentro de los compromisos internacionales de España y teniendo en cuenta los equilibrios internos necesarios para mantener la convivencia armónica de su compleja pluralidad interna. En la responsabilidad del electorado queda la opción de que unas nuevas elecciones no sean exactamente lo mismo, aunque se parezcan mucho. Es cuestión de grados y matices. Inclusive lo mismo no será lo mismo cuando haya que resolver definitiva y meditadamente sus consecuencias sin exclusiones ni caprichos personales.

(Diario crítico 04 de Mayo de 2016)

La involución de los nuevos populismos

José Mª Martínez de Haro

Category: Historia-Opinión

La agitada historia de Europa señala gravísimos episodios que enturbiaron el siglo XX. Las corrientes filosóficas y económicas emergentes a comienzos del pasado siglo, abocaron en la radicalización de las ideologías en su fase incipiente de manera dramática. Lo que se venía conociendo como conservadurismo derivó en Alemania e Italia en movimientos populistas que pretendían hacer frente al ímpetu del socialismo real que fue como se denominaba así mismo el comunismo. La revolución rusa de 1.917 atrajo inicialmente a una considerable masa de campesinos y obreros oprimidos durante el zarismo a esta nueva doctrina marxista, que se fue implantando en el vasto territorio de la Gran Rusia, y que pronto se manifestó como un régimen de terror bajo el férreo control de una minoría que, de manera aplastante, sojuzgó a millones de rusos, y más tarde a muchos millones más de hombres y mujeres de las naciones que fueron absorbidas por la URSS. Los expertos en la época soviética cifran en cerca de 23 millones de ejecuciones mayoritariamente bajo la cruel tiranía de Iósif Stalin.

Las naciones de Europa y del mundo trataron de hacer frente a los horrores que ya se conocían a pesar de la censura y el estado policial que imperaba en la URSS. Y en países que conocieron la decadencia de los antiguos imperios europeos, surgieron movimientos fundamentados en el populismo social que dieron forma al fascismo en Italia y al nacionalsocialismo en Alemania. Las consecuencias de ambos movimientos fueron la destrucción de los principios democráticos, si bien, inicialmente, se apoyaron en la democracia (Alemania) para llegar al poder mediante las urnas, y más tarde, una vez consolidado el poder absoluto, la implantación de regímenes de terror que conducirían a Europa a una de las más devastadoras guerras y a millones de hombres, mujeres y niños al exterminio.

La izquierda y la derecha, como hoy son conocidas estas corrientes ideológicas, se posicionaron mayoritariamente en el extremismo bajo dictaduras

sanguinarias en Rusia y la URSS, Bulgaria, Rumania, Polonia, Hungría, Albania, Yugoslavia, Letonia, Lituania, Estonia, Checoeslovaquia y Alemania del Este. Asimismo, en Alemania e Italia. La mayor parte de Europa sucumbió a los mensajes demagógicos y simplistas de los populismos de izquierdas y de derechas. Las promesas de redención abocaron pronto en campos de exterminio y las libertades, tan defendidas por los ideólogos de estas abominables ideologías, fueron liquidadas sin ninguna traba por cuanto cualquier enemigo de aquellos regímenes era ejecutado por los "representantes del pueblo". Algo de aquello llegó a España por la deriva radical de algunos políticos socialistas y comunistas, que en la II República gritaban "¡Viva Rusia!", y colocaron en la Puerta de Alcalá gigantescos murales de Stalin y Lenin. Sobre las consecuencias de aquel extremismo descontrolado en la última fase de la República hay numerosas publicaciones de historiadores españoles y reconocidos hispanistas.

Por conocer bien la historia y también las circunstancias de la España que comenzó la transición democrática en 1.977, el PSOE renunció al marxismo en su XXVIII Congreso, y abrazó la socialdemocracia, que era la forma extendida en toda la Europa democrática de la postguerra. El socialismo ha gobernado España durante veinte años, y su contribución al progreso y la estabilidad institucional ha sido determinante para consolidar las bases de una democracia plena, un Estado de Derecho y un bienestar social jamás conocido. Y ahora, tras casi cuarenta años de Transición, surge un populismo de izquierdas que trata de arrastrar al PSOE a posiciones fuera de los límites de la socialdemocracia para volver a otras formas de "socialismo real", y que ahora se etiqueta como "socialismo revolucionario bolivariano", y que en realidad sería el retroceso a un comunismo fracasado.

Sus propuestas se fundamentan en el marxismo que, con Lenin y Stalin, dio forma a una dictadura de partido enemiga de las libertades personales en favor de un Estado omnipresente. Si dicha opción populista llegara a triunfar en las próximas elecciones, controlaría todos los poderes, según anuncia su ideólogo de cabecera, los políticos, económicos, militares, policiales, inteligencia y los relativos a la enseñanza, las creencias religiosas, los medios de comunicación, y todas esas libertades individuales que hoy disfrutamos tras años y esfuerzos y de combatir aquel otro autoritarismo que gobernó durante casi cuarenta años en España.

La historia de nuestro siglo XX no ha sido precisamente gloriosa, pero de ello aprendimos algunas lecciones que sirvieron para dar forma a una nueva etapa democrática, que, con sus imperfecciones, ha logrado el mayor período de paz, estabilidad y progreso que recuerda la historia. Los políticos españoles han dado en general ejemplo de generosidad y realismo, y se alejaron de tentaciones de

extremismos, de derecha o de izquierda, que abocarían a otro fracaso. Parece que todos estos logros no satisfacen a jóvenes ideólogos que descubren ahora el más radical extremismo populista, el comunismo marxista- leninista, y pretenden aplicarlo en la España democrática del siglo XXI.

De momento, parecen haber convencido de las delicias de Venezuela O Cuba a cinco millones de españoles que les votaron en diciembre pasado. El próximo 26 de junio veremos si la voluntad mayoritaria de los españoles prefiere esos modelos u otros más próximos de Alemania, Holanda o Francia. Todo ello será determinante si en la confusión en la que se debate el PSOE está reviviendo ahora un nuevo espíritu de Largo Caballero y Negrín, o el de Felipe González y Joaquín Almunia.

Tags: URSS, populismo, Alemania, Hitler, Stalin, Rusia, Italia, Lenin, PSOE, Transición.

“Los españoles aguantan mucho”

Entrevista de Stanley G. Payne

(ideas-cultura-José Andrés Rojo-fotografía María C. Martín (Efe) 29.05.2016)

Category: História-Entrevistas

El historiador estadounidense dedica una biografía a Niceto Alcalá Zamora, ferviente católico pero también una figura decisiva en la República Niceto Alcalá-Zamora (NAZ) fue presidente de la Segunda República española desde diciembre de 1931 a abril de 1936. Nacido en un hogar de clase media de Priego (Córdoba) en 1877, gracias a su enérgico tesón hizo una formidable carrera de Derecho (fue el primero de los 134 opositores para letrado del Consejo de Estado) y conquistó una sólida posición social. Pronto se metió en política apuntándose a la Juventud Liberal. Fue ayudante de Romanones, diputado, ministro de Guerra antes de la dictadura de Primo de Rivera. Católico practicante y estricto hombre de leyes, abrazó la causa republicana y contribuyó decisivamente a la caída de la Monarquía. Su biografía condensa los dilemas y las ambiciones de un político moderado de derechas que fracasó en los momentos más críticos de la República. Estaba fuera de España cuando estalló la guerra; no regresó nunca. Stanley Payne (Denton, Texas, 1934), el hispanista que ha sido más crítico con el relato canónico de los vencidos de la guerra, acaba de publicar, en FAES, una biografía de este singular personaje que ya resultaba un tanto antiguo para su tiempo (“su estilo era florido”) y del que Azaña escribió: “Es modesto y no se da importancia; pero tiene conciencia de lo que significa y, como todos los modestos, le agradaría que no tomasen su modestia al pie de la letra”. De las vicisitudes de NAZ habla Payne en esta entrevista por correo electrónico.

Pregunta. ¿Cómo definiría este trabajo?

Respuesta. Tiene dos dimensiones ejemplares. La humana: la extraordinaria carrera de NAZ, con sus altibajos. Y luego el drama de la Segunda República, cuando su

propio presidente se convirtió en un obstáculo para sus funciones democráticas. Su momento de gloria fue en noviembre-diciembre de 1933, cuando insistió en mantener la integridad de las primeras elecciones democráticas en la historia de España. Su caída tiene que ver con sus infinitas manipulaciones entre 1934 y febrero de 1936.

P. ¿Cuánto tiene Alcalá-Zamora de político de la Restauración?

"Ambos bandos consideraron a Alcalá-Zamora un enemigo y ambos le confiscaron sus muchas propiedades"

R. Mucho. Era un liberal sincero, y hombre de la ley, gran experto en jurisprudencia. Pero no entendía la democracia y la movilización de masas. Nadie lo seguía en la República, y creyó que podía crear artificialmente un partido político desde el Gobierno, en enero-febrero de 1936.

P. ¿Cómo era el hombre?

R. Ante todo, fue un autodidacta. Un joven pobre de provincias que casi no asistió a clases y que fue presentándose a los exámenes, obteniendo resultados brillantes. No resulta sorprendente que se creyera más inteligente que los demás. Lo era y no lo era.

P. ¿Qué papel juega en la llegada de la República? ¿Llegó a considerar la rebelión militar una opción?

R. Eso es un tanto misterioso, no se explica totalmente. Como hombre liberal se sentía ultrajado por la dictadura, y por eso inculpó al rey, que la "consentía". Fue el líder de mayor solvencia y prestigio que tuvo el Comité Revolucionario de 1930, y el más importante a la hora de lograr la dimisión del rey y provocar la llegada de la República. Era lógico que lo nombraran primer presidente del Gobierno y, meses más tarde, de la República.

P. ¿Cómo le fue a NAZ durante los distintos momentos por los que pasa la República?

R. Al comienzo, casi todo le parecía bien. A los dos meses, creía que tenía una misión especial, la de moderar a las izquierdas y "centrar la República". No sintonizaba con Azaña, lo que no es nada sorprendente, y quiso poner fin a su primer Gobierno en junio de 1933 cuando todavía tenía una mayoría parlamentaria. Su momento de gloria llegó en 1933 cuando rechazó cuatro intentos diferentes de las izquierdas para anular los resultados de las elecciones democráticas. En el bienio

de 1934-1935 actuó, en cambio, como protector de las izquierdas, y en esto se excedió.

P. ¿Cómo fueron sus relaciones personales con otros hombres de la República?

R. Tuvo dificultades con todos porque era muy sensible y vanidoso. Los únicos amigos que tenía formaban parte de los partidos pequeños, porque no podían hacerle sombra. Se opuso firmemente a las cuatro insurrecciones revolucionarias de la izquierda que hubo entre 1932 y 1934, y estuvo contra el indulto de Sanjurjo. Creyó, después de octubre de 1934, que se había derrotado a los criminales de izquierdas y que tocaba frenar a las derechas. Odiaba a Lerroux y a Gil Robles: destruyó políticamente al primero y le cerró el paso al segundo. Con las izquierdas tuvo un cierto complejo y, aunque creía que debía frenarlas, procuró ayudarlas y que se centraran más. Por eso clausuró las Cortes a mitad de su mandato, al empezar 1936, lo que fue un error tremendo, y convocó unas elecciones prematuras e innecesarias, en parte para ayudar a las izquierdas y en parte para tratar de formar de manera caciquil un partido nuevo, en lo que fracasó totalmente. Acabó entregando todo el poder al Frente Popular. Y cuando se dio cuenta del error era ya demasiado tarde.

P. ¿Cuál fue su papel en la etapa final, cuando dejó de ser presidente?

R. Siempre había advertido del peligro de guerra civil, pero el país seguía aguantando a pesar del enorme deterioro. Los españoles se aguantan mucho. Y como había tenido desde hace mucho la ilusión de viajar por el norte extremo, llevó a su familia a unas vacaciones en Islandia. Fue allí donde le sorprendió el estallido de la Guerra Civil. Nunca pudo volver. Ambos bandos lo consideraron un enemigo, y ambos le confiscaron sus muchas propiedades. Vivía en Francia y en 1940 tuvo que salir hacia Buenos Aires. El viaje fue un desastre y un calvario. Pasó más de un año en camino, viviendo muchos meses con sus hijas en una choza en la costa de Marruecos. Contrajo la malaria, y pasó sus últimos años viviendo modestamente en Buenos Aires, sin dinero, ganándose la vida escribiendo artículos para periódicos de Hispanoamérica. No participó en las luchas intestinas de los emigrados. Vivió con dignidad y en la desgracia surgieron sus mejores cualidades. Sus últimos años constituyeron un cierto triunfo moral sobre la mala fortuna, sus propias debilidades y los ataques de los enemigos.

P. ¿Qué balance global de su trayectoria se puede hacer?

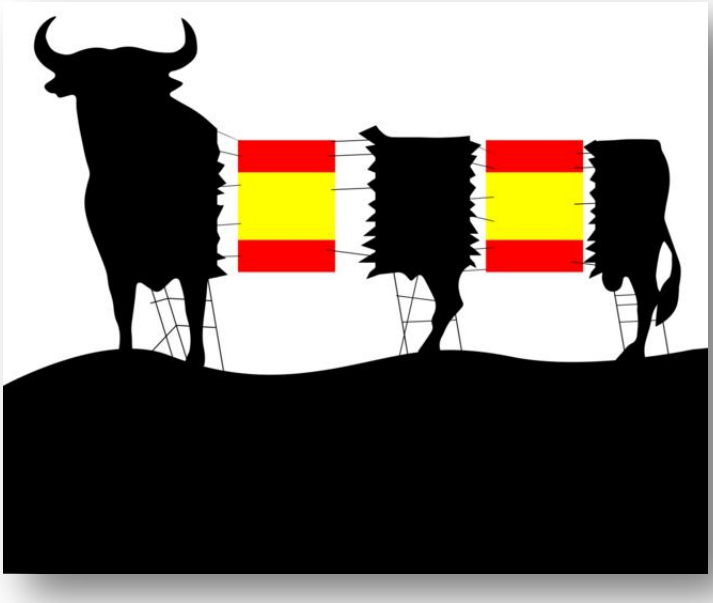
R. Tuvo, como abogado y experto en leyes, grandes logros. Y un peso decisivo en la llegada y el asentamiento de la República. Pero no supo administrar de manera

ecuánime y justa las controversias de los partidos durante ese periodo, y su mayor error fue no aceptar las funciones normales del Parlamento durante 1935-1936. Anduvo siempre manipulando, poniendo vetos y creando obstáculos, con lo que colaboró en la aceleración de la polarización fatal.

Publicado en el País 29.05.2016
http://cultura.elpais.com/cultura/2016/05/26/actualidad/1464265513_071148.html

Tags: Alcalá Zamora, Segunda República, Guerra Civil, izquierdas, derechas, Gil Robles, Azaña, Alejandro Lerroux

España inviable



Jesus Palacios

Category: Política-opinión

La cita electoral del próximo 26 de junio volverá a poner de manifiesto el colapso del sistema político de la Transición inacabada y nunca cerrada. Si la efímera legislatura tras las elecciones del 20-D ha concluido con **un estrepitoso fracaso de todo el sistema político**, nada hace suponer que sean cuales sean los resultados en el 26-J, y cuál el posible gobierno o coalición que salga de las mismas, vaya a cambiar las cosas o a regenerar el sistema. Bajo mi punto de vista, la cuestión principal ante la que estamos es saber **si es viable el actual Estado y sistema de partidos**, puesto que España como nación ha sido declarada entidad inexistente desde hace bastantes años por la casta política.

El camino recorrido en estos 40 años lo podemos dividir en **tres etapas diferentes**: la etapa constituyente-constitucional, de 1976 a 1981; Ley de Reforma Política, debate constitucional y Constitución del 78, hasta el 23 de febrero de 1981, que marcaría un punto de inflexión. Tal período se caracterizó por la ruptura pactada, el consenso y la concordia, para pasar al desencanto y la conspiración abierta contra el presidente Suárez, hasta la operación institucional de un gobierno de concentración consensuado entre la corona y el magro del sistema, que sería presidido por el general Alfonso Armada, un hombre de absoluta lealtad al monarca, y en el que figuraba como vicepresidente Felipe González.

La segunda etapa estuvo marcada por los efectos psicológicos del golpe del 23-F, entre 1981 y 1982 hasta 2004. Dicha etapa fue de estabilidad y desarrollo democrático y de gran progreso económico, pero también de un incremento perverso de la España caciquil autonómica, abducida por las minorías nacionalistas-separatistas, una corrupción generalizada, la eliminación de los mecanismos de control del ejecutivo, el control político de los órganos jurisdiccionales y de la Justicia, nefastas leyes de educación y dilución de la nación en las comunidades autónomas.

Y **la tercera etapa**, que es la actual y está aún por cerrarse, abarca desde el triunfo de **José Luis Rodríguez Zapatero** en 2004, hasta un final que se percibe muy incierto. Dicho período se abrió con los atentados del 11-M, que cambiaron el previsible resultado electoral de las elecciones del 14 de marzo, y constituyen el mayor agujero negro de nuestra historia más reciente. La designación de un presidente socialista que intentó romper con el espíritu de la Transición y quiso buscar una nueva legitimidad ideológica en el fracaso de la Segunda República, la Ley de Memoria Histórica, los pactos con la banda terrorista ETA, la concesión de nuevos estatutos que condujeron al desafío separatista abierto, la corrupción política sistémica, el despilfarro y una crisis económico-financiera colosal, la irrupción de nuevos actores políticos, el final de un bipartidismo falseado y la deconstrucción, en definitiva, de España como nación discutida y discutible y el invento del Estado plurinacional, a cambio de un Estado de burócratas, que ha mantenido y continuado Mariano Rajoy durante su legislatura de mayoría absoluta entre 2011 y 2015.

La Transición en su génesis tuvo la presencia relevante de poderosos actores internacionales. Así lo confirman los siete viajes oficiales que **Kissinger** realizó a Madrid entre 1970 y 1976 y las dos visitas de los presidentes **Nixon** y **Ford** en 1970 y 1975, respectivamente. El propio Kissinger lo reconoce en sus memorias, al afirmar que «la contribución norteamericana a la evolución española durante los años setenta constituyó uno de los principales logros de nuestra política exterior». La tutela americana se debió, entre otras razones, a que Kissinger era muy escéptico con la valía de **don Juan Carlos**, al que veía como «un hombre agradable» pero «ingenuo» y de capacidad limitada, «que no entiende de revoluciones ni a lo que se va a enfrentar».

Sin embargo, la Transición empezó siendo ejemplar para malograrse al poco tiempo por sus imperfecciones y decisiones erráticas, llevadas a cabo por el **tándem Juan Carlos-Suárez**, tan aventureros como ignorantes de la política y la historia. La salida del régimen autoritario a un sistema de participación -de la dictadura a la democracia-, fue amputada por los propios reformistas del régimen que pactaron la ruptura del sistema franquista (en extinción desde 1956) con la oposición izquierdista-separatista, incluido el Partido Comunista.

La democracia en esta etapa nunca ha llegado a ser explícitamente participativa de la sociedad. Franco detentó el poder absoluto durante tres largas décadas, dichos poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) se traspasaron a su sucesor el joven monarca Juan Carlos, quién los retuvo y utilizó plenamente entre 1976 y 1978, trasvasándose formalmente a los núcleos de los nuevos partidos políticos

dentro del nuevo orden constitucional. La reforma política y el pacto constitucional se cocinó entre las viejas/nuevas élites políticas, en las que la sociedad fue sujeto pasivo (participar en varios referéndums no significa que la sociedad sea un elemento activo del proceso).

Los gestores tecnócratas del nuevo sistema democrático lo pervirtieron al transformarlo en un nuevo régimen de poder concéntrico, y se constituyeron en sus permanentes garantes hurtando la democracia social y protagónica a la sociedad. La nación se vio acosada en el nuevo Estado de nacionalidades y Comunidades Autónomas, peligro sobre el que **Tarradellas** advirtió al predecir el suicidio de España en pleno debate constitucional. Algo sencillamente constatable en la actualidad.

Al deconstruir la nación en el café para todos autonómico, se restableció institucionalmente el viejo caciquismo político, que al sistema de la casta de partidos tanto juego le ha venido dando en su reparto de poder. Las burocracias políticas que padecemos han colonizado el Estado a través de las franquicias autonómicas, han impedido el establecimiento de la democracia formal neutralizando la división de poderes y los mecanismos de control del ejecutivo, y desarrollado una corrupción sistémica político-económica que ha hecho de España una entidad inviable.

Si a todo lo anterior se añade el desafío separatista creciente, el hecho de que el Estado siga sin cerrarse, el aumento desorbitado de cargos de confianza y la creación de entidades sin función alguna y a todos los niveles (locales, autonómicos y estatales), que necesitan financiarse vía deuda pública, porque el espolio a la sociedad a través de los impuestos es insuficiente, el resultado es un Estado absolutamente inviable.

Al vaivén de los agujeros negros de la Transición: **magnicidio de Carrero Blanco**, **23-F** y **11-M**, las oligarquías políticas han convertido a cada partido en un fin en sí mismo y establecido el Estado de partidos, riesgo sobre el que ya advirtiera **Manuel García-Pelayo**, primer presidente del Tribunal Constitucional, y que se caracteriza por la acumulación del poder en manos de unos pocos partidos en detrimento de la libertad, la calidad democrática y la representación, con una ficticia separación de poderes, escasa representatividad y controles, y una voraz financiación pública, que termina derivando en un sistema de corrupción total.

La escasa calidad democrática que distingue a la democracia española, ha degenerado en unos partidos políticos que funcionan como cárteles de poder, cuya falta de democracia interna por su estructura piramidal y su burocratismo, los ha conducido a una suerte de *bolchevización* de culto al jefe, al líder indiscutido. En su perversión de identificar el bien común con el del partido, han creado la figura del

patriota de partido, cuyos referentes podrían ser **Bárcenas-Rajoy** y **Felipe González-Chaves-Griñán**.

En su miopía sectaria de poder, los detentadores de este sistema han alentado el desencuentro y la negación del pacto político. Y ello se debe a que en España hay políticos sin política, que finalmente han necrosado un sistema y una democracia que va camino de fenecer por obra misma de sus propios creadores.

España necesita una regeneración del sistema que no podrán acometer quienes desde su sectarismo han negado la nación (y el PSOE está en el eje de tal negación), ni el burócrata opaco que se ha empeñado en destruir el centro derecha, y cuya política ha consistido en decir hacer para no hacer nada, ni tampoco por los emergentes que han levantado viejas banderas revolucionarias fracasadas. **La regeneración deberá llegar inexcusablemente por nuevos liderazgos no sectarios, que restablezcan el sentido de nación y liquiden el Estado de partidos corrupto y el caciquismo regional** abducido por el discurso separatista. Deberán establecer una nueva concordia y pacto en asuntos fundamentales, como la reforma de la Constitución, una nueva ley electoral y de educación global no sectaria, la lucha contraterrorista, la política de seguridad, las relaciones internacionales y la defensa. El nuevo Estado tendrá que retomar el control de la educación, la sanidad y la justicia, establecer una división de poderes real, acabar con el desafío separatista y cerrar el Estado para la nación. Tendrán que hacer, en definitiva, una democracia para la sociedad.

En caso contrario, fracaso colectivo.

Jesús Palacios es historiador, periodista y miembro del Consejo Editorial de Kosmos-Polis. Su última obra es Franco, una biografía personal y política, publicada junto a Stanley Payne.

Publicado en El Mundo 25.05.2016

http://www.elmundo.es/opinion/2016/05/25/57449e0eca4741e4508b4579.html

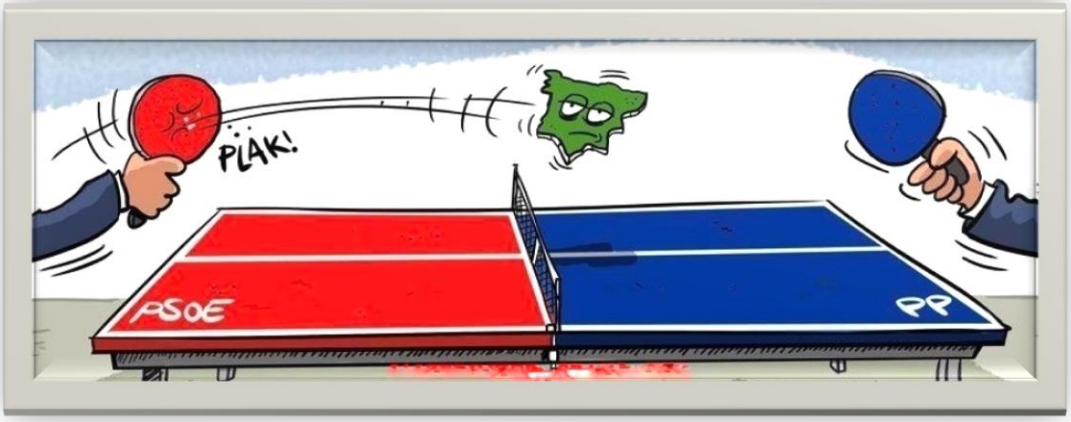
Tags: Transición, partidos, PP, PSOE, Suárez, 23-F, Constitución, Estado, nación, Zapatero, Kissinger, Juan Carlos, García Pelayo, corrupción

El desplome PSOE-PP y la destrucción del sistema

Teo Uriarte

Category: Política-opinión

Hace tiempo avisé que el PSOE se estaba convirtiendo en un partido "sobrero", caminaba hacia la marginalidad política en su deriva al izquierdismo promovida por su joven generación que, a pesar de haber pasado años en los pasillos de sedes e instituciones, no aprendió nada de política. La confundieron, fenómeno visible en otros partidos, con la dialéctica de enfrentamiento en que las dos



formaciones principales de nuestro sistema cayeron, devolviéndonos mediante una espiral ascendente de choques a una situación de incomunicación política previa a la Transición. La democracia, que exige de sus representantes lealtad y actitud constructiva, estaba siendo erosionada por sus detentadores.

La política española, huérfana de teóricos y pensadores –el finado Onaindía, miembro del PSOE, manifestó en una conferencia a universitarios, ante la sorpresa del auditorio, que la única aportación teórica del socialismo español había sido la movida madrileña- derivó en malas prácticas, en el sectarismo y, tras él, en comportamientos corruptos. Porque los logros, que los ha habido, y muy importantes, ya se encargaba la desleal oposición de abatirlos en la estrategia de tierra quemada. Al final, lo que ha quedado destrozado ha sido el sistema en general y con él, como no podía ser menos, los viejos partidos que lo sostenían, malheridos, en proceso de refundación o en asumida liquidación. Porque la miserable dialéctica de debate entre ellos no ha dado lugar a la victoria de ninguno, sino a la derrota de ambos y a la aparición de nuevos actores. Y algunos de ellos con peligrosa vocación

antidemocrática; bien las CUP, bien Podemos, bien nuevos nacionalismos, pues la convivencia democrática y la labor participativa en el impulso de gobernabilidad eran algo que previamente los otrora protagonistas de la Transición habían ido despreciando. Los de Podemos sólo tuvieron que seguir la estela de enfrentamiento creada por los viejos e irresponsables partidos y sumarse a la consideración fóbica hacia el PP generada por el PSOE.

La encuesta del CIS previa a la campaña del 26 J muestra la muy posible superación de los populistas al mismísimo PSOE, baluarte en tiempos pasados del sistema, que dejaría de ser la alternativa a un también debilitado PP. Han tenido que aparecer estos datos para que amanezca la reflexión en sus entornos. Un preocupado editorial de *El País* del siguiente día (10 de junio, y con un rotundo subtítulo), manifestaba claramente lo que el socialismo había estado ocultando a sus militantes y electores, que "Podemos es una fuerza antagónica al PSOE…", pero punto y seguido sigue engolfado en la errónea dialéctica que nos ha conducido a la actual situación: "Su éxito sólo beneficia al PP". Aseveración falsa porque perjudica a todo el sistema, incluido al PP, que es lo que debe preocupar a todo demócrata, incluido el periodismo democrático. Mediante esa lógica maniquea –lo peor que puede ocurrir es beneficiar al PP-, de la dialéctica de estos últimos años, los antisistema acabarán con el sistema. Y de seguir con ella, los retales del histórico partido de la izquierda acabarán reclutados por la alternativa 'comunitarista' y libertaria, si el infantil objetivo reside en perjudicar al PP.

Bajo la hegemonía de esa lógica de fobia hacia el partido de la derecha, cuando se trata del necesario adversario en el marco democrático –el compañero de viaje-, no es de extrañar que se produzca el efecto que parece sorprender al diario *El País*, consistente en que "… a ojos de un buen número de electores (ex-votantes del PSOE, abstencionistas o jóvenes que votan por primera vez), parecería que el PSOE y Unidos Podemos fueran dos partidos intercambiables o, incluso, sustituibles". Pues no, resulta de lo más coherente y nada extraño, ya que la estrategia de buenos y malos, mucho antes de que apareciera Podemos, la inauguró el PSOE, y la gente identifica como semejantes a los que coinciden en el erigido prejuicio fundamental: la fobia al PP.

Acto seguido, ante la desolación provocada por la encuesta le toca manifestar al diario citado, ya era hora, la diferencia entre una fuerza socialdemócrata, muy modificada en estos años recientes por ZP, y Podemos, mediante una declaración digna de un manifiesto: "Nada hay más lejos de la realidad: Unidos Podemos no representa una marca joven y algo más de izquierdas que el Partido Socialista, sino un contendiente directo en lo relativo a las ideas, las políticas y los valores que caracterizan a los socialdemócratas, en

España y en toda Europa. Por su manera de entender la democracia representativa, las políticas de igualdad, la economía de mercado, el proceso de integración europeo y el orden internacional, PSOE y Unidos Podemos son dos fuerzas antagónicas cuyo entendimiento, como vimos tras el 20-D, es imposible".

Declaración muy tardía, cuando muchos testigos de la Transición nos hemos alejado ya del socialismo aterrorizados por su deriva izquierdista. Su consecuencia ha acabado en lo actual, el surgimiento de un potente movimiento antisistema, que encuentra en una sociedad perturbada por la falta de condiciones de trabajo y bienestar, especialmente entre sus jóvenes, las condiciones para votar cualquier opción que por falsa que fuere castigue a los de "la casta", lugar donde ocupa sitio de honor el PSOE. Podemos es un voto de castigo no sólo contra el PP, no sólo contra nuestro marco político, sino muy especialmente, y como primer paso, contra el PSOE. Tan de castigo que votantes de HB, que votaban "lo que más daño les hace", se han pasado en Euskadi a Podemos.

Si mucha gente ha dejado de distinguir al PSOE de Podemos es porque desde hace tiempo el primero renunció de forma traumática a lo que era, protagonista de la misma Transición. Fue dejando de ser él mismo desenterrando todas las cuestiones que removían sísmicamente el sistema, desde una memoria histórica manipulada para el enfrentamiento, la culpabilización de todo al PP, una excesiva compresión hacia ETA, a cuyo sector político le dio una digna salida tras una larga negociación cuando ya estaba derrotada, una errática política autonómica, cuya primera víctima ha sido el PSC, y tras él el PS de Euskadi, y el abandono de cualquier proyecto político acomodándose en un confortable progresismo buenista, pletórico de aparente ética y nefasto en política. Todos los elementos ideológicos que han acabado, con mayor coherencia, radicalidad y credibilidad, acaparados por el populismo. Porque el auténtico hijo del zapaterismo, por mucho que su fundador aparezca en los mítines socialistas pidiendo el voto, es Podemos, que ha sabido llevar hasta la conclusión final los impulsos izquierdistas de éste. No sólo las condiciones económicas de la crisis favorecían la indignación de las masas y su deserción de un sistema cuyos representantes lo han mostrado corrupto, sino que la mitad del

discurso del populismo emergente se lo había escrito un PSOE que hoy se siente desolado.

El abandono de su ser -como ha ocurrido a otras fuerzas que se fueron apartando del marco político como CiU- les alejaba de la tarea sustancial de todo partido democrático, la búsqueda de la convivencia y del bienestar. Esto se ha realizado a cambio de la mera supervivencia en el poder, comportamiento que ha favorecido una espiral de sectarismo y radicalismo. Lo importante ya no importa. Déficit, paro, pensiones, descuartizamiento territorial, proceso de feudalización del Estado bajo los partidos, etc. Se hace de lo secundario, hasta de lo trivial, toros, rótulos de calles, estatuas del Caudillo, diferenciaciones, identidades y discriminaciones –siempre positivas, como si lo pudieran ser-, lo importante. Facilitando a los medios de comunicación, que están al quite, la política como espectáculo, sin fundamento, como "reality show", sin aparentes consecuencias en la vida del ciudadano cuando éste apaga el receptor. Como si las decisiones de los políticos no acabaran teniendo consecuencias trágicas en ellos. Así, la emotividad y el sentimiento, junto a la frivolidad, se apoderan de la racionalidad que toda democracia debe potenciar, en un momento de perturbación social por los escándalos promovidos por los partidos. Sentimiento y emotividad que permite fabulaciones políticas, más bien mágicas, cargadas de falsedades o medias verdades, lo que no importa, pues si la promesa es bella y apasionante no importa. Además, bastante nos han robado los que nos gobiernan como para no creer las fábulas de los nuevos profetas. Sobre todo, cuando parte de ellas venían avaladas por un centenario partido de obreros como el PSOE.

Socialdemocracia

Interesante la discusión sobre la socialdemocracia, si eso sirve para educar un poco, siempre y cuando los comunicadores pierdan el tiempo en leer sobre el tema. ¿Es Podemos socialdemócrata? Evidentemente no. No porque no tenga determinados aspectos reivindicativos de la socialdemocracia, ni porque se haya unido al nostálgico comunismo español, sino porque Podemos es revolucionario y la socialdemocracia desde la revolución rusa, y oficialmente desde la ruptura socialdemócrata, entre la II y la III Internacional, es reformista. Desde entonces el foso se hizo infranqueable. Incluso, la polémica entre los que se sienten los auténticos depositarios del emblema y los recién llegados, recuerda demasiado los enfrentamientos entre ellos durante la República y la Guerra Civil como para no volver a rememorar la falta de madurez política, que les llevara al enfrentamiento

armado, y a la conclusión pública de que con ellos no se podía ni creer ni en las más hermosas promesas.

Si la ruptura entre socialdemocracia y otras concepciones izquierdistas revolucionarias, incluida la comunista fue tan profunda, ¿cómo es posible la amalgama que permite a Iglesias a hablar de su fórmula como socialdemócrata, llevando en su coalición a comunistas y nacionalistas? Sencillo, porque tras la aportación de Zapatero dividiendo nuestro espacio político en buenos y malos, y la puesta en crisis del papel de la Transición - y qué es esta democracia para los izquierdistas sino la continuidad del franquismo-, aquel viejo hermanamiento de todos contra Franco se reprodujo bajo la gran comunidad antisistema que nos trae Podemos. Efecto de unión del radicalismo izquierdista que pone en crisis todo el sistema y que la prudencia política de los partidos – que si tenían memoria histórica de lo que pasó con la República- supo impedir a la muerte del dictador. Aquellos partidos débiles y recién construidos tenían algo fundamental para evitar el enfrentamiento por encima de cualquier fobia: querían la democracia. Iglesias ha sabido llevar a su provecho la tensión guerra civilista que el PSOE inició. Hoy tiene detrás de sí un enorme ejército de votos propiciado por el discurso de otros.

Podemos no es socialdemócrata, recuerda demasiado a ETA-Batasuna en su planteamiento ideológico-propagandístico. No es de extrañar que toda la política, no sólo la catalana, se esté batasunizando en España. Teniendo aquellos un fundamento esencial en el nacionalismo, fueron adoptando otras ideologías de forma sincrética y oportunista a lo largo de su recorrido, desde el comunismo, el pensamiento libertario, al socialismo. Ideologías utilizadas allá dónde, o el momento, conviniese, con tal de reforzar lo fundamental, el proyecto secesionista, que si era sincero tenía que ser violento, pues a la secesión no se llega democráticamente. Normalmente el sincretismo suele ser útil para la acumulación de fuerzas necesarias en un momento histórico cara a alcanzar el poder, es decir, los cielos. Es el caso de Podemos, ni siquiera es un movimiento comunista, es un conglomerado antisistema que engloba desde nacionalismos periféricos a libertarios multicolores. Ese conglomerado es fundamentalmente libertario y mantendrá en su seno las más estrambóticas contradicciones mientras lo importante, coincidiendo con el PSOE, sea arrojar a la derecha. Una vez alcanzado el objetivo sólo una dictadura hace posible durante un tiempo el mantenimiento de tan multicolor horda.

Interesante la experiencia de las CUP en Cataluña. Si fuerzas otrora moderadas, como CiU, se lanzan hacia la ruptura, y para ello necesitan aliados aún más rupturistas, no se sorprendan de que se vean arrastrados al caos político, caos

que todo anarquismo ha considerado como condición previa revolucionaria. Interesante experiencia porque nos puede acercar al comportamiento de Podemos, al caos más absoluto tras una alianza de fuerzas tan dispares, un programa económicamente bárbaro, en formato consumista, y un sentimiento solidario con los sistemas políticos más calamitosos que padece hoy la humanidad. Estamos acostumbrados a vivir sin cabeza, sin racionalidad en la política, estos últimos cuarenta años han sido la excepción, no es de extrañar opciones suicidas asumidas por la mayoría del electorado. CiU se suicida yendo a un gobierno con el apoyo de los antisistema, y Sánchez creyó que Podemos le iba a apoyar cuando, era de manual, el primer escalón de Podemos hacia la Moncloa implicaba liquidar al PSOE.

El problema de fondo: con el PSOE cae el sistema

La irrupción de Podemos con un mensaje de ruptura superando a un PSOE cuyo reto inmediato es evitar su desaparición a corto plazo, la desaparición de CiU barrida en la espiral secesionista que quiso encabezar, un PNV no mayoritario en Euskadi superado por el radicalismo antisistema de Podemos-HB, y un PP en convulsión interna y alejado de cualquier posibilidad de mayoría absoluta, nos muestran un panorama de crisis, no sólo de dichos partidos, sino del propio sistema político del que fueron sus promotores tras la dictadura.

Mientras el PP sostiene un papel moderador ante la derecha, que ha supuesto que el populismo no haya aparecido en ese espacio, no se puede decir lo mismo del papel fracasado del resto de los partidos mencionados. El PNV, que se lanzó a la aventura radical de la secesión con Ibarretxe abandonando las reglas del juego creadas durante la Transición, hoy se ve superado por las formaciones antisistema, y finalmente será arrastrado, quebrando la moderación de Urkullu, a sumarse a una movilización por la secesión. CiU, formación de singular importancia en el proceso democrático, bisagra clave para la gobernabilidad con sus apoyos en Madrid a derecha e izquierda, ha renunciado a ese papel de encuentro y moderación intentando acaudillar un movimiento secesionista, perdiendo su lugar en el tablero de la convivencia política española. Y finalmente, el PSOE, pieza fundamental para evitar el radicalismo en la izquierda y recoger en su seno las diferentes familias antifranquistas hasta que se amoldasen a la democracia parlamentaria, no sólo dejó de ejecutar ese papel, si no que favoreció la quiebra del sistema en un ataque total a la derecha blandiendo elementos discursivos que hoy son el centro del populismo alternativo.

Además de la indignación popular potenciada por las consecuencias de una profunda crisis económica, incrementada ésta por la inacabable sucesión de delitos de corrupción que la élite política protagoniza, hay que sumar la irresponsabilidad de los partidos gestores de la democracia española que llegados a un punto en su desarrollo optaron por salirse de juego con tal de garantizarse su supervivencia. No la consiguieron, hoy su supervivencia está en entredicho y el sistema está profundamente quebrado. Se partió, en palabras de Zapatero, de la segura fortaleza del sistema, que no podía correr ningún riesgo de quiebra, para acabar descubriendo que la realidad actual es contraria a ese bello deseo: el sistema se rompe y el fracaso del PSOE es su fatal síntoma.

Vino Podemos, y se apoderó de todo el discurso izquierdista del PSOE, de la fobia al PP, de la memoria de buenos y malos y de la Guerra Civil desenterrada por Zapatero, del acercamiento al mundo de ETA propiciado por el anterior y Eguiguren, de una actitud flexible ante el secesionismo catalán propiciada por el PSC, y, entonces barrió, y llegó el castañetear de dientes y la desolación. Era la crónica de un final anunciado. Si jugamos a izquierdistas aparece Podemos. Si jugamos a la secesión en Cataluña aparecen las CUP.

Ante esta realidad tenemos varias opciones, la conservadora, la que van a esgrimir las jerarquías de los partidos quitando importancia al fracaso de los propios partidos y a negar la profunda crisis del sistema, con lo que nos encaminaremos al modelo griego. O iniciamos un proceso de encuentro y reconstrucción de la política, incluyendo la refundación de los partidos constitucionales, para dar a la vez el paso adelante en las reformas políticas, incluida la constitucional, que vuelva a dar estabilidad al sistema y garantías a la democracia. Es posible que a los actuales gestores les parezca inabordable, pero eso ya eso hizo hace cuarenta años, porque existía mucho deseo de convivencia y el sectarismo partidista aún no había anegado la política.

Tags: PSOE, PP, Podemos, Unidos Podemos, Transición, socialdemocracia, sistema, El País.

El mal presagio de las nuevas elecciones

José M. Martínez de Haro

Category: Política-Opinión

Como cabría esperar, los partidos políticos han concluido sus negociaciones sin haber alcanzado una mayoría de gobierno. Solo los muy ilusos vieron la oportunidad de que el interés general se antepusiera al interés personal o partidista. Hubiera sido una ocasión de redimir a la clase política y que la dignidad que acompaña toda gestión pública en los países verdaderamente democráticos también pudiera aplicarse en España.

No ha sido así, y a la disolución de las Cortes ha seguido la convocatoria de nuevas elecciones para el 26 de junio próximo. Ocurre que no hay antecedentes para abordar esta nueva situación, y se abren muchas dudas. Los analistas consideran esta convocatoria como una segunda vuelta sin serlo de manera estricta. Pero parece cierto que el período trascurrido desde el 20 de diciembre de 2015 hasta ahora, no es un tiempo suficiente para alterar significadamente los próximos resultados electorales. En realidad, ha ocurrido lo peor que podría ocurrir, porque nadie parece dispuesto a cambiar de actitud y a deponer exigencias para poder alcanzar acuerdos de mayoría. Si las encuestas aciertan, la posible coalición de partidos mayoritarios y constitucionalistas habría de pasar por el entendimiento entre PP, PSOE y Cs, pero según Antonio Hernando y el propio Pedro Sánchez, esto no será posible porque el PSOE sigue firme en su actitud de no hablar con el PP. De este modo, lo más probable es que la posible coalición PP-Ciudadanos no obtenga los escaños suficientes.

De otro lado, la coalición electoral entre Podemos e IU, podrían mejorar los resultados de la izquierda moderada y la extrema izquierda por concurrir en una sola lista con los efectos de la regla D'Hont. De producirse así, la situación volvería a ser muy similar a la que ha acabado en este fracaso por la necesidad de contar con

partidos independentistas y minorías anti sistema. Fracaso que volvería a repetirse si algo sustancial no altera estas previsiones y volveríamos al punto de partida. Dicho escenario preocupa a la clase empresarial y a los inversores, pues podría ocurrir que no hubiera entendimiento inmediato para formar gobierno, prolongándose la incertidumbre hasta otoño, fecha en la que se debería de abrir otra prórroga de los presupuestos generales del Estado.

Los daños que ello produciría a la economía serían inmensos, además de retrasar el modesto repunte y, sobre todo, aumentarían las cifras del desempleo con las consecuencias sociales. Todo ello, y en su más benévola interpretación, indica la necesidad inaplazable de una reforma de la Ley Electoral que permita abordar estos problemas con eficacia y rapidez dentro de la garantías legales y constitucionales.

Entre tanto, parece que, en este sainete de juegos e intrigas, nuestros políticos no perciben el cansancio, el hartazgo y el asco que produce esta situación de bloqueo. De percibirlo, estarían ya en el análisis sincero de su fracaso, de sus muchos errores y de su manifiesto egoísmo y, tal vez, podrían pedir perdón por tanto tiempo y dinero perdido. Tiempo y dinero que los muy sacrificados españoles volverán a poner sobre la mesa para costear las nuevas elecciones. Los cálculos más rigurosos estiman en 187 millones de euros el coste electoral. De ese dinero, 42 millones serían para subvencionar a los partidos políticos por votos y escaños conseguidos. Y todo ello cuando en estos cuatro meses diputados y senadores han percibido ya 14,3 millones de euros en concepto de salarios, aún cuando su labor legislativa ha sido nula llegando finalmente a este gran fracaso.

Por todo ello, resulta inútil el cruce de acusaciones y reproches de unos a otros en un vergonzoso ejercicio de ambigüedad y auto exculpación. El fracaso es de todos sin excepción ni excusas. Así que sobra la soberbia y el cinismo porque los ciudadanos perciben una realidad de insufrible mezquindad política, donde destaca la incapacidad y escasa preparación de muchos dirigentes. Al parecer la cosa no da para más.

Estamos esperando las declaraciones de responsabilidad porque es momento de ajustar los tiempos y acortar las interminables, costosas y aburridas campañas, los mítines, los carteles y toda esa parafernalia electoralista que está superada por la realidad de las redes sociales y todas las herramientas de internet. Si algo hemos de aprender y rectificar, es momento de aplicarlo efectivamente, y de utilizar todos los recursos del siglo XXI, en vez de abordar las viejas técnicas del siglo XX. Viejas a la par que muy costosas en momentos de crisis. Si algún partido fuera capaz de trasmitir este mensaje es probable que merecería la simpatía y el afecto de millones

de españoles, que no entienden el por qué se ha de volver a gastar en seis meses semejante dispendio.

Asimismo, podrían renunciar todos los partidos a la percepción de la subvención de 42 millones de euros por votos y escaños por la razón de que ya la han percibido hace apenas seis meses. Dichas partidas podrían apuntalar el gasto en Sanidad y Educación, los grandes agujeros por donde se cuela la mayor parte del gasto social. Sería ejemplo de que las cosas pueden cambiar y de que la clase política y los partidos son capaces de asumir la realidad social que asola a millones de españoles asombrados del espectáculo bochornoso que ofrece la política española.

Si de todo este enredo se puede obtener soluciones razonables, se podrá decir que la democracia es capaz de renovarse y salir reforzada en los vínculos de representatividad que dan valor a cada período electoral. En definitiva, es una magnífica ocasión para que los políticos manifiesten su grandeza y para que podamos confiar en ellos.

Tags: nuevas elecciones, PP, PSOE, Ciudadanos, Podemos, Rajoy, Pedro Sánchez, Albert Rivera, Pablo Iglesias

Adolfo Suárez, icono de la Transición y fracaso del centrismo

José M. Martínez de Haro

Category: Política-Opinión

Estoy terminando de leer un excelente ensayo del profesor e historiador Stanley Payne sobre D. Niceto Alcalá Zamora y el fracaso del centro político en la II República española. Este trabajo me ha animado a hacer un breve análisis sobre Adolfo Suárez y el centrismo durante la transición democrática, con especial referencia al momento presente ante las elecciones del próximo 26 de junio. Quizá a algunos que me conozcan les sorprenda lo que voy a decir, dada mi estrecha relación y colaboración con Adolfo Suárez en aquella etapa decisiva de su trayectoria política. En mi caso, he pretendido una independencia de criterio y opinión que vengo expresando libremente en conferencias, debates y artículos en varios medios de comunicación durante cerca de cuarenta años. Y soy consciente de la responsabilidad moral y ética que asumimos todos los que algún modo estuvimos presentes en los inicios de la Transición. Por todo ello, lo que escribo es parte de mis observaciones directas, de mis propias consideraciones y del espíritu crítico que anima a un periodista que no se resigna a esa tediosa jubilación intelectual, porque en realidad esta nunca llega.

Efectivamente, Adolfo Suárez es la figura que representa como nadie el éxito inicial de la transición a la democracia. Fueron si duda, días y meses apasionantes de emoción y de sorpresas continuas. Suárez tuvo la decisión de llevar a cabo una tarea, y fueron de enorme utilidad su propia personalidad, su simpatía, su cercanía y la facilidad de conectar con los adversarios políticos. Pero todo ello no hubiera sido suficiente sin la actitud de conveniencia de todas las fuerzas políticas para apoyar aquellas medidas cruciales y aquellos grandes cambios. Esa actitud permitió una paz social y una corriente enormemente positiva, que empujaron definitivamente aquella etapa primera de la transición democrática. Es de justicia mencionar a Felipe González, a Manuel Fraga Iribarne, a José Tarradellas, a Santiago Carrillo, entre

otros, como colaboradores necesarios de la Transición. Tras la desaparición del anterior régimen, comenzaron a hacerse visibles los viejos partidos tradicionales de izquierdas que habían estado en el exilio y la clandestinidad, singularmente el PSOE y el PCE. La derecha política renunció a continuar la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA), que surgió durante la II República, y prefirió agruparse en un partido de nuevo cuño fundado por Manuel Fraga Iribarne con el nombre de Alianza Popular.

Lo que no se conocía en esta nueva etapa democrática era el centro político, ni quien le representaría tras los fracasos centristas en la II República. En estas circunstancias y de manera precipitada, para concurrir a las primeras elecciones democráticas, surgió un nuevo partido, Unión de Centro Democrático –UCD- auspiciado por Adolfo Suárez y un grupo de prestigiosos profesionales, intelectuales y altos funcionarios de diversas ideologías que también dieron cabida a falangistas y franquistas camuflados en esta nueva etapa. Así surgió el centro político al inicio de la Transición, que le fue arrebatado a Fraga, quien también quiso situarse en el centro político inicialmente. Pero tal y como ha ocurrido en otras etapas de nuestra historia, ese protagonismo del centro apenas duró el breve período de excepción que culminó una labor de enorme trascendencia, como fueron la aprobación de la Ley de Reforma Política, la legalización de todos los partidos políticos, la aprobación de la Constitución Española y las primeras elecciones libres y democráticas. Un guión medido y convenido por las principales fuerzas políticas del momento. Tras esa fundamental tarea, donde la figura de Suárez fue incuestionable y brilló con esplendor, comenzó a declinar el protagonismo del centro y el declive político de Adolfo Suárez, auspiciado por importantes figuras de la propia UCD, y, sobre todo, por el implacable acoso y derribo al que le sometió el PSOE, desbordado de ansiedad por alcanzar el poder.

Ahora la historia vuelve como una espiral, y los políticos españoles, a excepción de Pablo Iglesias, han hecho diversos guiños queriendo imitar o parecerse a Adolfo Suárez. Así ha sido durante la precampaña y la campaña de estas convulsas elecciones que se avecinan. La *suárezmanía* ha estado circulando por Ávila y por Cebreros, como si fueran santuarios donde consagrarse como *suarista*. Esta nueva faceta ha resultado algo cómica o patética del marketing político, donde los líderes de los principales partidos han recibido clases de imitación para parecerse a Suárez; los gestos, los movimientos de las manos, la sonrisa, las frases copiadas, los más leves acentos, todo para llegar trasmutados a los votantes en el espíritu de Adolfo Suárez. Por ejemplo, Pedro Sánchez, secretario general del PSOE, ha copiado sin rubor a Suárez y el PP y Ciudadanos compiten en ver quien se aproxima más a ese icono que

representa el centrismo político, que fue un fracaso (tal vez no lo sepan) de la Transición, al igual que D. Niceto Alcalá Zamora representó el fracaso del centrismo en la Segunda República.

En relación al centrismo fracasado, no recuerda ninguno de ellos, porque no lo vivieron o por no ser estudiosos, cómo languideció UCD y la carrera política de Suárez, hasta llegar a la humillante derrota de mayo de 1.991, y, finalmente, su profunda tristeza cuando hubo de dimitir admitiendo el fracaso del otro partido centrista creado por él mismo, el CDS. "Los españoles dicen que me quieren, pero no me votan", comentaba un Suárez amargado de su fracaso. Pedro Sánchez tampoco quiere conocer lo que ocurrió durante los gobiernos de Suárez y de la manera como lo trataron Felipe González y, sobre todo, Alfonso Guerra. La descalificación y el desprecio de aquellas tremendas palabras: "Suarez es un tahúr del Misisipi", "Parece el barman de una whiskería" Y la frase tremenda de Guerra en 1979 en el Congreso, "Adolfo Suarez salió de las cloacas del fascismo", y otra aún más lacerante en septiembre de 1979: "Estos días hay peligro e intranquilidad de que el general Pavía entre a caballo en el Congreso, y yo me pregunto si el actual presidente del Gobierno no se subirá a la grupa de ese caballo". Y así continuó en mayo de 1.980, " Suarez considera la democracia como un mal a soportar", además de tildarle de "recalcitrante franquista camuflado", o aquella de “Suárez no soporta más democracia y la democracia no soporta más a Suárez”. Una vez que el PSOE alcanzó el gobierno, Alfonso Guerra, como vicepresidente, llegó a decir: "Suarez estuvo a punto de desmontar la democracia, como desmontó la Secretaría General del Movimiento y como destrozó UCD".

Y así, tras una demoledora cascada de descalificaciones e insultos personales en el Congreso, en el Senado, en las diputaciones y autonomías, se fue extendiendo una implacable caza contra Adolfo Suárez, quien ya había cumplido su papel, y la conjunción de intereses y conveniencias quedaba anulada de facto, pero Suárez estorbaba para la llegada del PSOE al poder y también para la consolidación de la derecha política, Alianza Popular (AP). Y por ello llegaría a decir con amargura “soy un apestado de la política”. Pero quizá, lo que más pueda molestar hoy a Pedro Sánchez, en esa recuperación oportunista de la figura de Suárez, sea la pomposa declaración que Alfonso Guerra hizo en 1979 cuestionando la honradez de Adolfo Suárez y la UCD: " Los socialistas metemos la pata, pero no metemos la mano". Temeraria afirmación con la que hoy se mordería la lengua, luego de las actuaciones del "hermanísimo" Juan Guerra, los saqueos de Luis Roldán, los escándalos de los ERES, los Cursos de Formación, Bahía de Cádiz, y un largo historial donde preclaros socialistas han metido la mano hasta el fondo, hasta hacer del Partido

Socialista una entidad llena de corrupción. Todo está en las hemerotecas por si quiere enterarse Pedro Sánchez cuando vaya a repetir en campaña, otra vez, aquello de "puedo prometer y prometo".

Del PP y de C's poco se puede decir en ese sentido porque sencillamente no estaban. Existía Alianza Popular, pero no llegó a estas gruesas descalificaciones e insultos, si bien alguna maniobra bajo cuerda, propiciada por D. Manuel Fraga Iribarne, buscando siempre liquidar a UCD, y fraguar una alianza que él llamaba la "alianza natural", y que también se alentaba desde dentro de la UCD por sectores mayoritarios cercanos a la democracia cristiana que conspiraron contra Suárez. Pero lo cierto es que también Mariano Rajoy ha ido de romería a Cebreros y Ávila acompañado del hijo de Suárez como certificado de autenticidad. No querrá recordar Rajoy aquella campaña en la Comunidad de Castilla La Mancha con el hijo de Suárez de candidato por el PP. Competía con José Bono, el mayor maniobrero y petulante del reino, pero con una red de votantes atados a esa clientela que el PSOE sabía manejar como nadie hasta su caída libre actual. En el último mitin de aquella campaña, Suárez subió a la tarima para apoyar la candidatura de su hijo, pero no fue capaz de articular su discurso. El resultado fue que el esperado "efecto Suárez" no bastó para dar la victoria al candidato del PP, y Jose Bono ganó aquellos comicios. Ahora se pretende reavivar el "efecto Suarez", tristemente desaparecido, y que ha sido elevado a los altares de la iconoclastia por los mismos que le humillaron y lograron o permitieron su definitiva derrota, incluido el rey emérito. El menos atado a ese pasado es sin duda Albert Rivera, sin embargo, para muchos expertos causa cansancio su permanente letanía sobre el centrismo y el suarismo como única referencia de un concepto político evanescente, que muchos califican simplemente de oportunista. Por ello, también Rivera ha entresacado algunas frases de Suárez, como "pretendo que sea normal en las instituciones lo que ya es normal en la calle" y las repite con gestos que tratan de imitar a aquel político irrepetible. Por estas afirmaciones, se deduce lo poco que conoce Albert Rivera sobre la historia del centrismo político en España.

A contracorriente de una opinión mayoritaria, hay analistas, historiadores e intelectuales que sostienen que si Adolfo Suárez hubiera aparecido ahora en la política española sería uno más de los actuales dirigentes, sin las circunstancias que hicieron posible su protagonismo y las líneas básicas de aquellos primeros gobiernos de la Transición. Sostienen estos críticos que Suárez fue un político circunstancial y su principal mérito fue seguir sin titubeos lo que previamente se había concertado como el modelo a seguir para salir de la dictadura del general Franco hacia una democracia. Este modelo, y su engranaje operativo y legal, venía siendo objeto de

múltiples y complejos acuerdos aún en vida de Franco entre la camarilla íntima del entonces príncipe. Asimismo, por grupos y partidos enfrentados al Régimen.

El principal ideólogo, que no el único, fue Torcuato Fernández Miranda, catedrático de Derecho Político, amigo e instructor del príncipe Juan Carlos. Cuando Adolfo Suárez logró acercarse a este círculo de poder, ya se había completado en lo fundamental el trazado inicial de la Transición. Sin embargo, Fernandez Miranda y el ya Rey Juan Carlos encontraron en la figura de aquel joven falangista al político circunstancial que podría llevar a cabo semejante tarea sin poner alguna traba a cuanto habría de desmontar, y de ponerlo en marcha en un plazo record de tiempo. Y así fue elegido por el Rey aquel joven aspirante como presidente del Gobierno de España en una terna preparada de antemano por Fernandez Miranda. Pero lo cierto es que, sin la habilidad de Suárez, su capacidad de comunicación y acercamiento a todos los actores necesarios, este trazado político hubiera sido difícilmente cumplimentado con éxito. También es cierto que Adolfo Suárez no habría de abjurar de casi nada. Era en realidad un político sin demasiada relevancia dentro del Movimiento Nacional y la Falange, y no estaba ligado a un compromiso intelectual, y menos aún político, porque sencillamente era un práctico posibilista y así se mostró sin pudor alguno.

Para todos los que ahora han buscado sacar rédito electoral con su modelo, dicen estos analistas que Suárez solo fue útil y muy valioso a la Transición española como actor de un guion, y solo durante los dos primeros años. Después, cuando ya se habían aprobado las primeras leyes, desmontado las estructuras del anterior régimen y aprobada la Constitución de 1.978, comenzó la normalidad de las tareas cotidianas de gobierno, y la actividad parlamentaria mostraba ya sin tapujos las diferencias ideológicas con agrios debates fuera del consenso. Según estos mismos analistas, Adolfo Suárez no supo entender la naturaleza de esa etapa, y en acciones concretas de gobernación no pudo enderezar la economía que presentaba ya un panorama inquietante, tampoco supo plantear ni solucionar el modelo territorial de España, origen de los actuales y graves problemas y huyó permanentemente del Parlamento habituado tal vez a la falta de parlamentarismo activo y crítico durante su etapa en el franquismo.

Para los politólogos el principal error de Suárez fue creerse el protagonista imprescindible de aquel período, ignorando que nadie es imprescindible y menos en política. Asimismo, tampoco fue capaz de cohesionar los distintos grupos que conformaron el partido UCD. La única cohesión de todos ellos, menos un reducido grupo de fieles, fue el rechazo a la continuidad de Suárez como presidente del gobierno y de la UCD. Suárez reunía muchas virtudes como hombre público, pero

carecía de una formación intelectual o política que le ayudara a construir desde UCD un sólido partido de centro capaz de articular un amplio programa para la gobernación de España en plena normalidad democrática. Los que pudieron hacerlo desde dentro de la UCD, prefirieron dinamitar el partido buscando mayor protagonismo e identidad ideológica en Alianza Popular o en el PSOE.

En todo caso, el ideario político de Suárez fue escaso y coyuntural, sin aportación ideológica relevante, adaptado a las circunstancias del momento y sin perspectivas de futuro. Nunca alentó a intelectuales, pensadores, filósofos y profesores a que colaboraran en una idea de implantar esa idea fugaz del centro y su única referencia era articular la democracia en su sentido genérico, lo que llevó a cabo con decisión y brillantez. Tal vez por ello no se esforzó por crear cierta armonía interna compartiendo poder y protagonismo con su partido, como dijeron sus críticos, alentando que la UCD pudiera ser crisol de diversas ideologías como la democracia cristiana, la socialdemocracia, el falangismo y el franquismo, tarea en todo caso difícil de articular. Alejado de lo cotidiano, se refugió en la seguridad de su propia valía, en la solidez de su liderazgo y en un reducido grupo de fieles, alguno de los cuales resultaron finalmente no ser tan fieles. El resultado fue, luego de penosos vaivenes y conjuras, el definitivo fracaso de este improvisado intento del centrismo.

En resumen, Suárez fue, efectivamente, providencial para llevar a cabo aquella trasformación única e irrepetible de un régimen a otro, para desmontar sin titubeos las estructuras del franquismo, para organizar la maquinaria política y administrativa de esta nueva democracia y de sentar una base de concordia que alentó los primeros años de la Transición. Pero no supo o no pudo dar continuidad a su labor, porque sus dos intentos de aglutinar el centro político culminaron con dos sonados fracasos; la UCD y el CDS. Han trascurrido desde entonces varios años y muchos españoles conocen poco sobre la realidad que nos tocó vivir desde 1.976 a 1.979. Hoy, alejados de aquella entusiasta energía y de aquella ilusionante etapa, la democracia española vive momentos de convulsión política, y una generación de españoles se siente ajena a lo que significó la excepcionalidad y la importancia de aquellos momentos y de lo que pudieron aportar aquellos actores singulares.

En la actualidad todo ha cambiado precipitadamente, incluso se cuestiona el valor fundacional de la Transición. Al margen de interpretaciones y exaltaciones o vituperios, aquella época es por sí misma irrepetible, como irrepetibles son aquellos políticos y altos funcionarios que la llevaron a cabo. España no puede vivir ni prosperar en la nostalgia, y los políticos han cambiado al igual que ha cambiado la

sociedad española. Ahora se necesitan gestores comprometidos con España, que sean efectivos en el total desarrollo de la normalidad democrática para que esta no vuelva resultar un breve paréntesis en la historia, como dijo amargamente Adolfo Suárez en su discurso de dimisión.

En este capítulo de nuestra reciente historia y para una amplia mayoría de españoles, Adolfo Suárez ha sido elevado a la más alta consideración, distinguido con honores y enterrado con un amplio reconocimiento a su figura, sin pudor alguno por los que le maltrataron en vida. Y esas son buenas razones para aprender de su utilidad, de sus éxitos y de sus fracasos.

Y para dejarlo reposar en paz.

Tags: Suárez, centrismo, elecciones, Transición, democracia, Constitución 78, Fraga, Alfonso Guerra, Juan Carlos, PSOE, UCD, CDS, Alianza Popular

Consulta a las bases y populismo: la trampa de la democracia directa (II)

Pedro F. R. Josa

Category: Relaciones Interacionales-Opinión

En el anterior artículo sobre democracia directa *(http://kosmos-polis.com/relaciones-internacionales/opinion-relaciones/item/300-referendum-y-populismo-la-trampa-de-la-democracia-directa)*, me centré en el recurso al referéndum en los casos griego y catalán, en el presente análisis trataré de otro instrumento en manos del populismo para legitimar "democráticamente" lo que no es más que una nueva trampa al servicio del aparato del partido. La consulta a las bases suele ser un elemento que democratiza a la organización o sistema que la lleva a cabo, como se puede comprobar en la actualidad con las primarias norteamericanas, donde son los propios simpatizantes de los partidos quienes eligen a sus candidatos, evitando así los males del dedazo que tan bien conocemos en nuestro país.

Cuanta mayor sea la participación en la consulta mayor será el nivel de legitimación alcanzado, y cuanta menos presión se ejerza sobre las bases acerca de lo consultado, mayor será la libertad de éstas para decidir su voto. Es por ello que la consulta a las bases es un instrumento idóneo cuando se trata de decidir sobre aspectos organizativos, como la elección de candidatos, pero no tanto cuando trata de cuestiones programáticas o ideológicas, donde los márgenes de manipulación son mayores.

El caso de la consulta a las bases realizada por Podemos en abril de 2016 es paradigmático al respecto, no sólo por mostrar cómo los líderes pueden presionar a las bases en una determinada dirección, sino por la escasa efectividad de dichas consultas cuando dirimen asuntos de base, cuya resolución debería corresponder a la dirección del partido, que para eso lidera y sobre ella debería descansar el peso de las decisiones tomadas.

La consulta que la dirección de Podemos trasladó a sus bases trataba de decidir el apoyo al acuerdo suscrito por otras dos formaciones políticas -PSOE y Ciudadanos-, y planteaba una alternativa al mismo, el famoso "pacto a la valenciana". Pero la consulta ya empezó trucada cuando la dirección del partido "advirtió" de que dimitiría en caso de que la primera opción fuese apoyada por la mayoría de sus simpatizantes. El chantaje es claro y deja en evidencia el escaso talante democrático de los líderes morados, quienes lejos de aceptar el mandato de su sacrosanta mayoría social, tan solo tratan de dirigirla cual rebaño al redil.

Esa "política infantil", propia de todo despotismo, no da verdaderas opciones a las bases, pues o apoyan lo que se les dice o se las abandona, no hay término medio. Y aquí radica la segunda trampa de las consultas a las bases en ocasiones como la presente, al plantear la realidad en términos dicotómicos, o lo tomas o lo dejas, se enmascara la falta de voluntad negociadora de la dirección. Es decir, cuando una formación se planta y no cede, lo mejor que puede hacer para justificar su inmovilismo es recurrir a una consulta como la planteada por Podemos, distrayendo así la atención de lo esencial, que no ha sabido lograr un consenso con el resto de formaciones. Diluye así su responsabilidad entre el conjunto de sus votantes, presentándose como su servidor, cuando en realidad pretende ser su amo.

Se trata de una acusación muy grave, lo sé, pero no la lanzo a la ligera, basta con observar la realidad con atención. La nuestra es una democracia representativa, como la inmensa mayoría de democracias actuales, por dos razones principales, primero porque no todos podemos dedicarnos a la política todo el tiempo, de ahí que deleguemos nuestra responsabilidad en nuestros representantes, quienes sí tienen el deber de tomar decisiones políticas por nosotros, y en segundo lugar, el tamaño territorial y el número de habitantes hacen inviable la democracia directa en nuestro tiempo. Al recurrir a la consulta de bases en casos como el presente, y aquí encontramos la tercera trampa, lo único que intentan sus promotores es legitimar una decisión que, en el fondo, saben que es equivocada, escurriendo el bulto de su responsabilidad y de paso aumentando el control sobre sus votantes.

En una democracia representativa tales decisiones tienen que corresponder a la dirección del partido, que las verá ratificadas o no en las siguientes elecciones, cuando haya pasado el tiempo pertinente para valorar sus consecuencias. Consultando directamente a las bases se las priva del tiempo necesario para una deliberación justa y precisa, más aún bajo el chantaje y la reducción de las opciones. Por todo ello digo que tales consultas lo único que refuerzan es el control de la dirección sobre sus votantes, eso sí, enmascarado bajo el antifaz democrático.

Sumado a todo ello cabría hablar de una cuarta trampa, consistente en presentar como ampliamente democráticas lo que no es más que una movilización efectiva de los simpatizantes más fervientes. En efecto, tras la votación y el anuncio de sus resultados, los líderes de Podemos no podían evitar su satisfacción, habían logrado una participación mayor que en su constitución como partido, y además habían superado ampliamente los datos de participación de una consulta similar efectuada por el Partido Socialista. La dirección se presentaba como mera delegada de sus votantes, no estando capacitada a contradecir su decisión, que ya hemos comprobado que estaba condicionada desde el inicio. Pero, ¿de verdad se trató de un ejercicio democrático tan amplio como lo presentaron? Las cifras no mienten, y en este caso ponen en entredicho una vez más el presunto poder legitimador de tales consultas.

Los datos se pueden interpretar de muchas maneras, pero están ahí, son incontrovertibles, sólo hay que saber y querer entenderlos. La participación total ascendió a unas 149.500 personas, eso sí, en dos días y 14 horas, lo que supone casi el 38% de los casi 394.000 inscritos en el portal de Podemos y prácticamente el 73% de los más de 204.000 simpatizantes activos (esto es, aquellos que han participado en el último año al menos una vez en las consultas del partido). Los votos en contra del pacto Rivera-Sánchez (presentando torticeramente el acuerdo entre dos partidos como un asunto personal) ascendieron a 131.561, mientras que a favor solo estuvieron 17.542, es decir, el No ganó con un 88,23% de los votos.

En cuanto a la segunda pregunta, si se prefería el acuerdo del cambio representado por Podemos y sus confluencias (arrogándose para sí el monopolio de la nueva política) el Sí se hizo con 136.291 votos y el NO con solo 12.184, es decir, un aplastante 91,79% de los votos dio la razón a los líderes del partido. Esas son las cifras manejadas por los promotores de la consulta para legitimar su decisión. Con ello evitaron la triste función representada por la CUP y su consulta sobre el apoyo a un gobierno catalán soberanista, donde sin ambages se produjo una manipulación escandalosa de los votos que propició un inverosímil empate, eso sí, resuelto sin rubor en segunda instancia por la cúpula del partido.

Veamos ahora los datos reales. Si en lugar de tener en cuenta el porcentaje sobre el total de votos emitidos lo tomamos sobre el del número de simpatizantes la cosa empieza a cambiar, pues el apoyo a la dirección, aun siendo considerable, comienza a descender. Así, respecto a la primera pregunta se pasa del 88,23 al 64,49% de apoyo, y en la segunda del 91,79 al 66,81%. Se complica más el asunto si la referencia son los inscritos en el portal de Podemos, pues los datos entonces

empiezan a fallar, pues en la primera pregunta se logra solo el apoyo de un 33,39%, y en la segunda del 34,59%, nada que ver ya con el éxito inicial.

De todos modos, los votantes de Podemos son muchos más, en concreto casi 5,2 millones en la últimas elecciones del 20 de diciembre pasado, por lo que en realidad solo el 2,53% de sus últimos votantes rechazó el pacto PSOE-Ciudadanos y solo el 2,62% dijo sí al modelo valenciano. No cabe decir nada si tomamos en cuenta el censo electoral, unos 36,5 millones, entonces las cifras son de risa, pues solo el 0,41% habría participado en la consulta. El 0,41% que necesita la dirección de Podemos para evitar la formación de un gobierno alternativo al PP, eso sí, presentándolo como el respeto a la voluntad popular a favor de un cambio verdadero, que solo ellos representan.

Y no necesitan más porque como no se han cansado de decir, no están de acuerdo con el sistema político que les ha permitido nacer y prosperar hasta límites insospechados por ellos mismos. Podemos, o sus líderes más destacados (los que van quedando purga tras purga) no creen en la democracia representativa, en realidad no creen en democracia alguna salvo la dirigida, al modo jacobino o bolchevique, donde la dirección marca la pauta y el pueblo le sigue ciegamente, eso sí, consultado de vez en cuando para no perder las formas, la "política espectáculo" es así. De ahí que se presente como un éxito que solo el 2,87% de sus votantes participen en su consulta, para ellos solo cuentan quienes se adhieren a sus tesis, el resto es pueblo enemigo a no tener en cuenta, al que habrá que someter para que por fin vean la realidad bajo el único prisma verdadero, el del oráculo podemita.

Hasta el momento habíamos tenido partidos que nos han engañado y estafado, ahora ya tenemos uno que intenta dominarnos, nada extraño, dada nuestra dudosa capacidad para elegir buenos políticos. Los anteriores eran toscos en sus formas, como vemos con los casos de corrupción que afloran en los juzgados de toda España o con la falta de respeto con que Marino Rajoy ha tratado al resto de partidos sustentado en una ilusoria mayoría absoluta (al respecto es ilustrativo que dijera a la señora Rosa Díez en sede parlamentaria que nunca la escuchaba, al líder popular nunca se le pasó por la cabeza que Díez hablaba por el más de millón de españolas y españoles que votaron a UPyD, como nunca se le ha pasado por la cabeza gobernar para el conjunto de españoles, ni siquiera para los más de diez millones que dieron su confianza al PP en 2011). Podemos es un partido arcaico en sus principios, pero moderno en sus formas, y utiliza la sutileza democrática para esconder sus verdaderas intenciones (el que quiera conocerlas que eche un vistazo al funcionamiento interno del partido). La consulta a las bases, junto al referéndum, es una trampa que usan y usarán para embellecer sus acciones.

La democracia representativa tiene sus inconvenientes, por supuesto, pero tratar de atajarla recurriendo a una presunta democracia directa no ha de engañarnos. El pueblo decide en cada elección, el tiempo que media entre una y otra sirve para juzgar el desempeño de sus representantes. Se sobreentiende que uno da su voto a la formación con la que está de acuerdo en sus principios básicos y pone su confianza en unos líderes que prometen cumplirlos con la mayor eficacia posible. Obligar a decidir a los votantes sobre algo que compete a las direcciones y encima bajo la presión de la urgencia y el chantaje de la dimisión no es un ejercicio de democracia, sino de simulación democrática que subvierte los principios de nuestro régimen representativo, pues ¿si los líderes son incapaces de afrontar las consecuencias de sus decisiones, descargando su responsabilidad sobre sus votantes, para qué sirven los partidos políticos?

Tags: Podemos, democracia directa, democracia representativa, referéndum, PP, Rajoy

The Good Americans

Spain in Our Hearts
By Adam Hochschild
Houghton Mifflin, 438 pages

Stanley G. Payne

Category: Crítica de libros

Spain has always been a difficult country for foreigners to understand. The enduring stereotypes are those crafted in the 16th and 19th centuries: The Black Legend of Spain as the cruel and intolerant land of the Inquisition was first defined by Reformation-era Protestants; and the Romantic Spain of sensuality, artistry and chivalry was invented in the first half of the 19th century by writers like Washington Irving and Prosper Mérimée.

Adam Hochschild's "Spain in Our Hearts: Americans in the Spanish Civil War" is similar to many English-language writings on the Spanish Civil War (1936-39) in its ability to reflect both myths simultaneously. The Republicans, or revolutionaries, stem from Romantic Spain—a set of idealists, however misguided and weighed down with Stalinists and occasionally given to atrocities (such as 50,000 or more political murders). The Nationalists, or counterrevolutionaries, step directly from the pages of the Black Legend, a sinister lot of sadists, rapists, looters and mass murderers, making up in wickedness what they lack in ideals and valor.

Mr. Hochschild is an accomplished historian whose his last book, "To End All Wars" (2011), was a stirring account of the travails of pacifists in World War I. He protests here that he is not writing a history of the Spanish war but nonetheless includes an extensive account as background to his main narrative. His summary of the war is presented in vivid, sometimes lurid, prose and includes many of the numerous unverified and often unverifiable anecdotes that are de rigueur in English-language narratives about the civil war, such as a Navarrese priest whose head was "chopped off" for protesting brutality and the fiction of the Nationalists committing mass murder in the Badajoz bullring. His readers will never know that the war's brutal killings were begun by the revolutionaries, who, for that matter, also carried

out the great bulk of the looting (though this would hardly come as a surprise to historians of revolutions). Or that the Republicans' "legitimately elected government" had in fact come to power in a four-step process of increasingly systematic electoral fraud between February and May 1936.

"Spain in Our Hearts" is an account of some of the more noteworthy Americans involved in the conflict, almost all of them on the "good" side thanks to the energetic recruitment efforts of the Communist International. The central narrative is much better executed than the historical treatment of the war. Mr. Hochschild shows more discernment and objectivity in dealing with the Americans, whom he is willing to understand, than in treating the Spanish, whom he generally caricatures. He includes the usual gang of journalist-observers—Ernest Hemingway, Herbert Matthews, Martha Gellhorn and Virginia Cowles—and expresses surprise that this noted panoply of reporters scarcely ever wrote about the unique aspect of the conflict, the only full-scale collectivist revolution in Western Europe and the mass violence that accompanied it. As he observes, "although the Spanish Revolution took place amid one of the largest concentrations of foreign correspondents on earth, they virtually never wrote about it." The reader may surmise that this was because it complicated their preferred narrative of democratic Republican virtue.

But "Spain in Our Hearts" is not another celebrity trot through the war, of which we have had several in recent years. Instead, Mr. Hochschild focuses on lesser-known individuals, with the 2,800 American volunteers of the Lincoln Battalion and other units of the International Brigades serving as a kind of chorus. Charles and Lois Orr were a young leftist couple from Louisville, Ky., in Europe on their honeymoon when the war broke out. They rallied to the revolution, and, in Barcelona, Orr became editor of the English-language propaganda bulletin of the ultra-communist but non-Stalinist POUM. Material from Lois Orr's unpublished memoir appears here for the first time. Another relatively new source is the diary of James Neugass, scion of an old and wealthy New Orleans Jewish family, who was an ambulance driver for the International Brigades. Mr. Hochschild includes a few Britons— George Orwell, of course, and Peter Kemp, the well-born British volunteer who became an officer on Franco's side, as well as Pat Gurney, a young sculptor who ended up in the Lincoln Battalion. They are treated with insight and occasional originality.

The chief protagonist of "Spain in Our Hearts" is a young Berkeley graduate student in economics, the charismatic Robert Merriman, who, together with his wife, Marion, elicits the fullest portrait. Tall, strong, indefatigable in duty and

magnetic in personality, Merriman became chief of staff of the Lincoln Battalion and inspired the character Robert Jordan in Hemingway's "For Whom the Bell Tolls." Despite his admiration, Mr. Hochschild does express some bafflement over how Merriman could have remained a dedicated communist after a year and half as an economics researcher in 1930s Moscow during the famines and purges. This may be the best account of Merriman ever penned.

The book presents an authentic and graphic portrait of the conditions of life and battle for Americans in the brigades. The narrative of their involvement in the chaotic collapse and retreat of the Republican forces during Franco's breakthrough to the Mediterranean in March and April 1938 is gripping, the best description of that action in any language. For a complete account of the Lincolns, however, the reader will want to turn to Cecil Eby's more scholarly and less romanticized treatment, "Comrades and Commissars: The Lincoln Battalion in the Spanish Civil War" (2007).

Mr. Hochschild does include some Americans who favored the Nationalist side, principally William Carney, who covered the Franco side, very badly, for the New York Times, and Torkild Rieber, the head of Texaco. There is not much to be said for or about Carney, a poor journalist who ended up as Franco's PR man in the U.S. after the war. But Mr. Hochschild's portrait of Rieber is fascinating. The Texaco chief declared immediately for Franco in 1936 and provided steady supplies of petroleum on credit to the Nationalists, as well as indirect financial assistance. He also ordered Texaco's maritime intelligence network to pass along information about tankers carrying oil to the Republicans, identifying them as targets for Franco's bombers.

Despite the political distortions, much of this book is admirable. It is an unusually well-written narrative, full of telling detail and vignettes that capture great human drama, and the information about the Anglo-American participants is generally reliable. Hemingway, for example, is treated convincingly and often critically. There was little doubt of his devotion to the Republican cause, for, as his future wife Martha Gellhorn put it, the Spanish Civil War "was the only time in his life when he was not the most important thing there was." Once the conflict was over, though, Hemingway found greater perspective, and, as Mr. Hochschild points out, "For Whom the Bell Tolls" (1940) reveals more nuance and ambiguity than his often propagandistic newspaper reports during the war. The novel was denounced by some of the survivors of the Lincoln Battalion. The unit's political commissar Steve Nelson, though, loved it and called it "a monument in American literature" in

a review. He was ordered to retract his opinion by the Communist Party leadership, which, Mr. Hochschild notes, "he dutifully did."

Mr. Hochschild's bibliography cites "Jumping the Line" (1998), the memoir of the novelist and Lincoln veteran William Herrick. But he cannot bring himself to quote Herrick's succinct description of the motivation of his fellow American communist volunteers: "Yes, we went to Spain to fight fascism, but democracy was not our aim." Another long-lived Lincoln survivor was Abe Osheroff, very active in remembrances and mentioned in passing in this book. More than 15 years ago I asked him, "Abe, what would have happened if your side had won the war?" He replied tersely: "Another leftist disaster."

Tags: Adam Hochschild's, Spanish Civil War, Spain in Our Hearts, International Brigades, Stanley G. Payne, Spanish Revolution, Ernest Hemingway, Herbert Matthews, Martha Gellhorn, Virginia Cowles, Communist International, Lincoln Battalion, Nationalists

Eventos

Mujeres en el Donbass: El impacto de género de la guerra del este de Ucrania

El seminario ""Mujeres en el Donbass: El impacto de género de la guerra del este de Ucrania" Miércoles 1 de junio, 12h. Sala de Juntas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología – UCM

El nuevo libro "EL OTRO MUNDO" de Gabriel Elorriaga Fernández (el viernes 10 de Junio, de 12 a 14h., en la Feria del Libro de Madrid)

Gabriel Elorriaga Fernández firmará ejemplares de su nuevo libro "EL OTRO MUNDO", prologado por el famoso escritor de temas esotéricos Javier Sierra, el próximo viernes día 10 de Junio, de 12 a 14h. en la Feria del Libro de Madrid, en el Retiro, caseta Nº 192 del Gremio de Editores de Castilla y León (GECYL)

España y El África del Norte en la historia y la literatura

10 de junio del 2016 a las 11:00 h

MODERA: JUAN MANUEL RIESGO. Vicepresidente AEA, URJC.

INTERVIENEN:
PABLO DALMASES. Periodista, Profesor y Ex director de Radio Sahara.
JESUS PALACIOS. Historiador y Periodista.
ANTONIO CARRASCO. Escritor y Africanista.
LUIS TEMBOURY. Escritor y Viajero.
BASILIO RGUEZ. CAÑADA. Editor y Presidente de Sial Pigmalión

BIBLIOTECA MUNICIPAL EUGENIO TRÍAS (ANTIGUA CASA DE FIERAS DEL RETIRO), Entrada por Menéndez Pelayo METRO RETIRO